

PEDRO ÁNGEL PALOU



TODOS
LOS MIEDOS

Diseño de portada: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez
Fotografías de portada: © Shutterstock
Fotografía del autor: Foto: © Gabriela Bautista

© 2018, Pedro Ángel Palou

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2018
ISBN: 978-607-07-4886-8

Primera edición impresa en México: junio de 2018
ISBN: 978-607-07-4882-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para los periodistas caídos
mientras buscaban contar la verdad*

Advertencia

Los personajes de esta novela son seres de ficción, producto de la imaginación de su autor. Cualquier semejanza con la realidad es culpa de la realidad. El país y la Ciudad de México desafortunadamente sí son verdaderos, y crueles.

Ser gobernado es ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, numerado, reglamentado, reclutado, adoctrinado, sermoneado, controlado, comprobado, calibrado, evaluado, censurado, mandado por criaturas que no tienen el derecho, ni la sabiduría, ni la virtud para hacerlo.

Proudhon

Solamente hay tres resortes fundamentales de las acciones humanas, y todos los posibles motivos no obedecen sino a estos tres resortes: el egoísmo, que quiere su propio bien (carece de límites); la malevolencia, que quiere el ajeno mal (llega a la extrema crueldad); la piedad, que quiere el bien del otro (llega a la generosidad, la grandeza del alma). Obedece toda acción humana a uno de esos tres móviles, o bien a dos simultáneamente.

Schopenhauer, *Los dolores del mundo*

Antes

Veinticinco minutos a pie la separan desde la salida del metro Etiopía hasta su departamento. Es todo lo que la aparta del pánico y la calma. Ha adquirido la costumbre de mirar a sus compañeros de viaje con recelo. En ocasiones se baja en otra estación y regresa en el siguiente tren si nota a alguien sospechoso. Es jueves y ese día *no circula*. O más bien no circulaba, cuando el auto servía. Era, como ahora de nuevo, el día del miedo. El día de la paranoia, se dice para consolarse. Es curioso, piensa, cómo hemos venido a interiorizar el hecho de no poder sacar el coche un día a la semana o dos, en un vano intento de disminuir la contaminación. Nadie dice mi coche no circula. Somos nosotros los que no circulamos, aunque haya necesidad de salir al trabajo, de tomar el transporte público, de correr si es necesario, presas del pánico. Su coche descansa, de cualquier forma inservible, en el estacionamiento del edificio. Le dan una miseria por venderlo y no tiene dinero para arreglarlo. Desde que la corrieron del periódico tiene que estirar los magros ahorros. Todo eso le pasa por la cabeza mientras agarra con fuerza la correa de la bolsa y sale del vagón que resopla su mismo cansancio. No hubiera salido nunca en jueves de no ser por la cita con una *f fuente*. La esperó más de una hora y luego un simple texto cancelando. Había corroborado la verosimilitud de su historia, su identidad. La información que le iba a dar, estaba segura, le permitiría cerrar los cabos sueltos de la investigación que estaba terminando. Ahora otra vez no tenía las pruebas necesarias. A esa hora, con las tiendas y los restaurantes

y hasta las cantinas ya cerradas, se bajan solo seis personas del metro. Las observa una por una. Tres hombres, tres mujeres contándola a ella. Caminará con calma, el miedo se huele, te hace presa fácil. Dos de los hombres le parecen inofensivos. El que lleva la cabeza cubierta con la sudadera azul marino es el único que la perturba. No debe perderlo de vista. Decidirá la calle por la que tomará al salir del metro una vez que lo haya visto alejarse.

Veinticinco minutos, eso es todo.

Sale a la madrugada del metro Etiopía, que ahora se llama también Plaza de la Transparencia. Piensa en la ironía en este país opaco. Casi dan las doce. El suyo ha sido el último tren. Hace frío y ella se aprieta al cuello la pañoleta que no la cubre. El viento la despeina. Ha llovido y la ciudad parece limpia, huele bien, como a niña. Todos sus sentidos están despiertos. Pero también todos sus miedos. Necesita guardar calma, obtener algo de compostura. Se da cuenta de que las piernas le tiemblan. No hay nadie en la calle desierta. Los que han salido con ella de la boca del metro se dispersan. El que le preocupa toma por Cumbres de Maltrata, hacia la derecha. Ella avanza en dirección contraria, aunque eso la aleje un poco, hacia Anaxágoras. La más pequeña precaución puede hacer toda la diferencia. En otras ocasiones, con igual miedo, ha tomado todas las rutas. Tiene la cartografía de las calles tatuada dentro del cerebro. En la primera bocacalle volverá a la Avenida Cuauhtémoc. Hay más luz, pasan coches. Lo que resta de vida en la ciudad pasa por allí, la tranquiliza. Pero debe cerciorarse de que va sola. De que nadie la sigue.

Mira el reloj. Kilómetro y medio. Veintidós minutos, se dice. Veinte si apresura el paso.

Ha tomado cursos de defensa personal, sobre todo después de haber empezado a recibir amenazas de muerte, cuando publicó el reportaje sobre la chica guatemalteca,

Stephanie, raptada por los Zetas en Tamaulipas. Cambió las chapas de la casa, puso nuevos cerrojos, rejas por fuera de las ventanas, su departamento empezó a parecerse más a una celda que a una casa, pero al menos dentro se sentía segura. Había pensado también en buscar compañeros de habitación, amigas solteras, alguno de los periodistas recién llegados del interior que venían a la Ciudad de México a refugiarse de la violencia y el miedo, pero después de lo ocurrido en la Narvarte con ese fotógrafo de Veracruz y la modelo colombiana, a quienes asesinaron a sangre fría en medio de una fiesta, le pareció que era agregarle una pizca más de inseguridad y de temor a sus propios miedos. Luego la despidieron del periódico por presiones de muy arriba —o de muy abajo, piensa con sorna— y al hecho de sentirse físicamente vulnerable se le agregó la inseguridad financiera. Tenía ahorros suficientes para pagar dos años de mensualidades del departamento. Lo que ganaba ahora de esos medios en línea y de trabajos esporádicos le permitía comer, ir la llevando. Nada más. Estaba segura de que con el nuevo sexenio, si las cosas cambiaban, podría volver a conseguir chamba fija en otro diario. Mientras tanto había que aguantar. Un poco más.

Si no fuera por esto. Esta sensación de fragilidad total, de sentirse perseguida, vigilada, amenazada. Los cinco sentidos alertas, le había dicho el maestro de aikido. El oído, sobre todo, como tener ojos en la nuca. Hay que escucharlo todo, como si estuviese en la selva, presa de un posible, enorme depredador. Su instinto para el lugar común la alertó de ese cliché. Le dio risa. Por un instante eso la distrajo. Algo de lo que no podía darse el lujo. Se detuvo en seco, contra su propio instinto y volteó. Nadie. Ni un alma. Otro lugar común.

Da vuelta y se encuentra en Cuauhtémoc. La larga avenida, las luces y el ruido de algunos autos la reconfortan,

como si estuviese en compañía, protegida. No hay que bajar la guardia. Nunca. Su mente a mil por hora. También hay que aquietarla, porque ese es un error aún mayor, la constante *cháchara* de esa voz traicionera dentro de su cráneo. Un auto frena bruscamente en la esquina. Ella se detiene también en seco. Mira que no ocurra nada, que nadie baje del vehículo. Huelen los neumáticos quemados por el asfalto. El coche esquiva un bache, da la vuelta, se aleja. Vuelve a estar sola.

Dieciséis minutos. Quince. Cada vez menos.

Avanzar hasta San Borja por Cuauhtémoc, sin correr, sin alterarse. Checa en la bolsa de su saco y aprieta el gas. Nunca lo ha usado, pero le da tranquilidad sentirlo. Es su única arma, su única defensa. No tiene idea qué haría frente a un cuchillo, frente a una pistola. ¿Cuántos segundos para reaccionar? Cuando te toca, te toca, habría dicho su madre. Otro lugar común. No existe el destino ni hay nada escrito. Se puede estar, eso sí, en el lugar equivocado en el momento equivocado.

O se puede cometer errores.

El peligro es así. Los chances son mayores cuando vienes en una ciudad como esta, en un país como este, cuando además te dedicas a un oficio que perturba la paz de los poderosos y también la de quienes viven fuera de la ley, en poderes autónomos, los cárteles, los sicarios, los secuestradores. *No creo en el periodismo justiciero*, le dijo el director de su diario antes de despedirla. *No es nuestro papel hacer justicia ni dictar sentencia. Se les ha olvidado a ustedes, los reporteros*. Palabras para ocultar su propio miedo ante las amenazas de alguien. Ella sabe quién. Cortar por lo más fácil, sacarla a ella de la jugada para salvar su propio pellejo.

Eso, claro, es no hacer justicia.

Pero también es no hacer periodismo alguno. Y ella sabía que sus días en el periódico estaban contados. Se lo

habían advertido con suficiente fuerza al menos dos veces antes. La tercera es la vencida. Vuelve a reírse del cliché. Esta vez fue verdad. La vencieron por un rato, pero no la doblaron del todo.

Es el miedo lo que puede vencerla. Pero no hoy. Esta noche tiene que llegar a salvo. Tres calles, largas calles de avenida, y podrá dar la vuelta hacia San Borja. Sigue sin haber nadie cerca, tal vez sus miedos, como otras veces, solo sean infundados. Nadie la sigue. Nadie la amenaza más.

¿Podrá ser cierto? Quizá de la misma manera en que no puede darse el lujo de seguir viviendo así. ¿Por cuánto tiempo puede aguantarse la taquicardia, las manos sudorosas, el estómago contraído? Ese terror ni siquiera los cerrojos logran disiparlo. No a un asesino solitario, a un loco desesperado por dinero, a un chamaco nervioso o inexperto. El verdadero miedo es a quienes la amenazaron de muerte hace meses. Ellos no se tocan el corazón, si es que lo tienen.

El ruido de un avión, a esa hora rumbo al aeropuerto, la envuelve. Pasa volando bajo. O ella así lo cree, ensordecida por las turbinas. Se percata de los más mínimos detalles de las bolsas de basura afuera del restaurante Saudade do Brasil, que no le produce a ella nostalgia alguna, esperando a que las despedacen las ratas antes de que se las lleve el camión al día siguiente. Del farol roto, la publicidad de las campañas infestándolo todo, pegadas en los postes y en las paradas de autobús. *Honestidad valiente*, reza alguna. ¿Se tiene que ser valiente en este país para ser honesto? Sus propios predicamentos le dicen que sí, que tristemente es así. Se requiere coraje para tener principios y vivir de acuerdo con ellos en medio de la impunidad y el atropello.

Diez minutos. Da vuelta en Concepción Béistegui. Algo la saca de Cuauhtémoc. ¿El instinto? Apresura el paso. La frágil intimidad de la calle se lo pide. Es solo eso.

Ninguna amenaza real, por lo menos por ahora. Siente cierta felicidad al haber *perdido* al hombre de la sudadera azul marino. Vuelve a darle risa, sin embargo, lo de perderlo, porque lo más seguro es que nunca la siguió, ni siquiera la miró. Otro ser humano igual de preocupado, como ella, de regresar a casa sano y salvo. Cruza Yácatas. Solo le queda Uxmal y dará vuelta en su calle, en Petén. Como si esa proximidad a lo propio la pusiera a buen resguardo.

Todos esos nombres de zonas arqueológicas de la Narvarte le hacen siempre pensar en el capricho de los urbanistas. En lo arbitrario como parte de la ciudad que crecía y crecía alborotada, selváticamente. Ella misma tampoco es de *aquí*, sus padres la trajeron cuando tenía doce años de Tampico, en los años después del terremoto, cuando todo mundo se iba, ellos en cambio se mudaban a esta ciudad siempre temida, elefantiásica, imposible. La trajeron después de la tragedia. Cuando su familia se desmoronó. Escaparon de Tamaulipas sin poder soportar la muerte del hijo mayor, cercenado y arrojado a un basurero después de que dieron todo su dinero para pagar su liberación. Ella se enteró poco a poco de la tragedia. No de la muerte de su hermano, sino de los detalles terribles, macabros. No es lo mismo ser hija única que ser la única que queda después de que a la familia la cercena la tragedia.

Se acostumbró pronto al cambio.

A lo que nadie se acostumbra nunca es al miedo. Alguna vez fue otra mujer. Una que no temía a nada. Le gustaba esa que dejó de ser. Le agradaba esa seguridad. Y era también una reserva en momentos de desesperación. Podría volver a ser esa, regresar a ese lugar del que no debió haberse ido nunca. Ese lugar dentro de ella.

Cinco minutos. Da la vuelta. Dos calles más. Solo dos calles. Todos los tiempos parecen confluír en esa calle. Las casas de los años cincuenta, las fondas, una cocina

económica en una cochera, los edificios modernos que han hecho demoliendo lo más antiguo. Se superponen las ciudades de la ciudad, los tiempos detenidos y los acelerados. Cuando ella compró su departamento en un edificio remodelado con grandes ventanas de cristal se dio cuenta de que era como si lo hubiesen arrojado en esa calle de otro tiempo. Pero le gustó. Quizá por el anacronismo de la vieja Narvarte que no había aún sido colonizado por los hipsters de la Roma o la del Valle. El edificio blanquísimo y acristalado pero pequeño, apenas ocho departamentos, le pareció de la dimensión de su propia vida. Minúscula, fuera de lugar, pero con aspiración a la belleza, a lo simple. Lo mínimo.

Le falta calle y media y estará a salvo.

No sabe de qué o de quién. Tal vez de sí misma, y de sus miedos. Una pareja camina en dirección contraria a ella. Muy jóvenes los dos, apenas unos adolescentes. Se tocan, se besan, andan aprisa. Ríen. Vuelve a quedarse sola en medio de la noche.

Cruza Eugenia. *Gazpacho de Morelia*, anuncia una fonda. No sabe de qué se trata. Nunca ha entrado ni lo ha probado. Le parece curiosa la oferta, pero no la atrae. De día siempre pasa de largo. Ahora, como todo lo demás, está cerrado.

En otras ocasiones ha contado los pasos, ciento diecisiete, antes de llegar a su edificio desde la esquina. Dos minutos. Podría correr, ahora, y dejar de sufrir con el miedo, pero siempre le ha parecido que tiene que guardar energía por si algo le ocurre de verdad.

Solo entonces, en medio de ese pensamiento, se da cuenta de que la siguen. Siente los pasos detrás de ella. Muy cerca. Casi puede escuchar la respiración. Aprieta el paso. Se altera. El miedo la delata. Suda. El corazón le golpea en el pecho. Le cuesta trabajo jalar aire. Evalúa en milésimas de segundo sus opciones. Detenerse y sorprenderlo

con el gas, correr hasta el edificio, gritar como loca. Las tres le parecen inadecuadas, insuficientes. De ninguna puede salir librada. Algo le dice que quien la sigue lo ha hecho desde el metro, o es alguien que sabe sus pasos y la esperó, simplemente, a cierta distancia, sin alertarla. ¿De dónde salió? Se estaba escondiendo tras un árbol, quizás. Ese fue su error, pensar que la seguían y no que la esperaban, la acechaban.

Algo le dice que es demasiado tarde.

Un minuto. Tan solo un minuto la separa de la puerta de su edificio, pero ahora ya no importa. De nada le sirven esos sesenta segundos.

Aun así se apresura, mientras camina va tanteando su bolsa por el llavero. Tiene que sacar la correcta, tenerla lista entre los dedos, introducirla a toda velocidad en la cerradura, y meterse dentro, resguardada, protegida.

Veinte pasos hasta la puerta.

Atrás de ella, diez pasos a lo sumo, su perseguidor. No se atreve a mirarlo de reojo, menos a voltear. Quiere gritar, ahora sí, pero no le sale nada de la boca. Se le han secado las palabras. Tiembla, se sacude, suda. Es cruel el pánico, te atrapa y no te deja pensar.

Mete la llave. Quien está detrás de ella la alcanza y la avienta contra el cristal. Le agarra el cuello con la mano, le aprieta la pañoleta. Le hace daño. La lastima. Siente cómo la otra mano del hombre empuña algo. Un cuchillo, quizás, con el que la amenaza. Le susurra al oído:

—Ten miedo de todo lo que crees que sabes.

Entonces, de adentro del edificio alguien abre la puerta y el universo entero se detiene. Lo que iba a ocurrir se detiene. El hombre que la maniataba huye y ella puede verlo, no es el de la sudadera azul marino. No es nadie que haya visto al salir del metro. El nuevo vecino la mira, le pregunta si está bien, le pregunta si puede ayudarla.

Ya la ha salvado, sin saberlo.

Ella niega con la cabeza, aún no puede hablar.

—¿La estaban asaltando? —le pregunta. Ella asiente, muda. Y el hombre le ofrece acompañarla, que no se preocupe, que ya ha pasado el peligro. Le dice eso o quién sabe qué otras cosas más. Ella no lo deja pasar a su departamento cuando al fin logra abrir las tres chapas y se despide del vecino, de su presencia proverbial, con un gesto tímido de la mano. Aún no puede respirar.

Cuando está del otro lado de su puerta y ha puesto todos los seguros, todavía temblando y con la respiración entrecortada, se echa en el suelo y comienza a llorar.